

MUERTE Y RESURRECCIÓN DESDE LA PERSPECTIVA DEL REINO DE DIOS

Gonzalo M. de la Torre G. cmf - Centro Camino

1. Nuestra tarea de Cuaresma: vivir el Reino de Dios

Aprender a morir y a resucitar en vida. Cuando Jesús decidió comenzar a anunciar el Reino de Dios, lo primero que hizo fue buscar a Juan Bautista y bautizarse. Acudir donde un profeta para ser bautizado implicaba un acto previo de confesión de los propios pecados y un deseo firme de dar comienzo a una nueva vida. Jesús decidió morir a su pasado para tener la posibilidad de abrirse a un cambio de vida, a una nueva realidad, a unos nuevos riesgos, a una especie de resurrección en vida. Lo que le va a ocurrir más tarde en el Calvario (su muerte) y en el oscuro vientre del sepulcro (su resurrección), Jesús lo vivió anticipadamente en su vida. Nosotros, como Jesús, tenemos que empezar a morir antes de que hagan luto por nosotros y tenemos que comenzar a resucitar antes de que nuestros allegados empiecen a soñar con nosotros como almas del más allá. Este es el desafío que tenemos para esta cuaresma del 2007.

Qué es el Reino de Dios. Morir y resucitar en vida es exactamente lo que sucede cuando se entra en la tarea de construir el Reino de Dios. Partiendo de la experiencia de Jesús, se puede definir el Reino como la serie de actos a través de los cuales Dios se va posesionando de la conciencia de cada persona, llenándola de contenidos de justicia. Jesús no quiso que ni Dios, ni su templo, ni

él y ni sus discípulos ocuparan un lugar de poder económico o político para, desde aquí, imponer normas que gobernarán las conciencias. En efecto, no quiso que Dios (o el templo) fueran pensados como estructuras de poder, ya que ordinariamente trasladamos a Dios nuestros intereses personales o institucionales. Tampoco quiso Jesús tomar él mismo una actitud de poder, pues él no buscaba violentar las conciencias, sino transformarlas, redimirlas con su ejemplo. Finalmente, tampoco quiso que sus discípulos anunciaran el Reino de Dios desde el poder, porque sabía que tarde o temprano quedarían corrompidos por el mismo. La idea que sobre el Reino de Dios tenía Jesús era muy sencilla y al alcance de todos: hacer actos de servicio, para que la entrega a los demás fuera transformando las conciencias.

2. A qué se enfrentó Jesús y a qué nos debemos enfrentar nosotros

La eterna tentación de participar en las cadenas de poder. Cuando Jesús enseñó y demostró que Reino de Dios era igual a conversión y a transformación de las conciencias y de las estructuras sociales, se encontró con una fuerte reacción en contra. ¿Por qué? Por la simple razón de que con ello tocaba los intereses personales e institucionales de muchos. En el tiempo de Jesús existían cadenas de poder que manejaban las cosas: la que manejaba los



impuestos que Roma, los Herodes y el Templo le cobraban al pueblo. La que controlaba en el templo las ventas de ofrendas, sacrificios y el cambio de moneda profana romana por moneda sagrada. La que llegaba hasta el rincón más secreto de la vida privada, para señalar hasta la más mínima infracción contra la pureza legal y así someter al pueblo al control de la ley. La que interpretaba la Ley, considerada como Palabra de Dios, la cual estaba totalmente en manos del clero judío: levitas, sacerdotes, presidentes de sinagogas, doctores de la ley... Ser agente de cualquiera de estas cadenas daba poder. Y tanto las personas (funcionarios políticos, sacerdotes, levitas, escribas, doctores, saduceos, fariseos...), lo mismo que las instituciones (Templo, Sanedrín, Dinastía Herodiana, Imperio Romano...) vieron afectados sus intereses y se enfrentaron a muerte contra Jesús.



(Mt 5,1-12), hizo un acto revolucionario que ha tenido y tendrá cuestionada por siempre a la humanidad. El valor de esta declaración no está en pretender que fue Jesús el primero que defendió a los pobres. Otras personas y culturas ya lo habían hecho siempre. La originalidad de las palabras de Jesús era que en ellas quedaba comprometido el mismo Dios. El hermano y hermana empobrecidos quedaban constituidos en el principal sacramento de Dios: quien los atendiera atendía al mismo Dios, quien los despreciara despreciaba al mismo Dios. Condicionar la salvación al modo como se trate a los pobres es algo verdaderamente revolucionario en la historia de la humanidad. Todo esto quedó bien claro en el papel que juegan los pobres en el juicio que presenta Mateo al final de su evangelio: "cuantas veces Uds. aceptaron o rechazaron a una persona necesitada, a mí me aceptaron o rechazaron" (Mt 25,31-46).

El peligro de no pertenecer a las cadenas de poder. Jesús no se cansó de insistirles a sus discípulos y discípulas que a todos ellos les sucedería lo mismo, siempre y cuando tomaran la justicia evangélica por norma. Después de veinte siglos, seguimos experimentando lo mismo: cuantas veces pretendemos que la justicia evangélica reine en personas e instituciones, otras tantas sentimos que se nos condena, se nos margina, se nos amenaza, se nos excluye y se nos persigue. A ratos pareciera que hacer propuestas de justicia fuera algo imposible en nuestra sociedad, tan minada por la corrupción.

3. Qué anunció Jesús y que debemos seguir anunciando nosotros

En el Reino de Dios, los pobres son un sacramento. Cuando, sentado en el monte, Jesús declaró bienaventurados a los pobres

El mismo Dios vivió la sacramentalidad de los pobres. Lo inmensamente grande en Jesús es que sus palabras nacieron de una práctica concreta. El mismo Dios quiso hacerse hombre para demostrarnos concretamente cómo los pobres son para Él el objeto principal de toda la creación: en ellos está



comprometida la imagen de Dios, en ellos se juega la dignidad de ser, cada ser humano, hijo de Dios. Si el empobrecido y empobrecida no son atendidos, la creación de Dios termina fracasando. Esta es la gran verdad que la encarnación de Dios en la tierra (Jesús hecho hombre) trata de introyectar en el corazón de la humanidad.

4. A qué realidad murió Jesús y a qué deberíamos morir nosotros

Aún en vida hay que morir a muchas cosas... Cuando llevaron a Jesús a la muerte física, ya él había muerto a muchas cosas: a la ambición, al deseo de acumular, a la tendencia de tener poder, a demostrar más poder, autoridad y sabiduría que el resto de sus contemporáneos... Su muerte ratificó su renuncia definitiva a mostrarse como el Dios poderoso. Jesús no le apostó a una iglesia que repitiera en su interior la dinámica del poder de los Estados y gobiernos políticos. Expresamente nos dijo que eso no: "Ustedes saben que quienes figuran como jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que sus jefes los oprimen. No debe ser así entre ustedes" (Mc 10,42-43). Esta posición de Jesús es la que nos hará soñar siempre en una iglesia de hermanos y no de autoridades y poderes en competencia.

5. La resurrección: la respuesta de Dios a Jesús y a nosotros

La vida que Jesús entregó, la recuperó en la resurrección. El Reino de Dios, con sus experiencias de entrega y de renuncia al poder, no termina en la cruz. Jesús que parecía derrotado en la cruz y en el sepulcro, fue resucitado. A Jesús lo mataron los poderosos políticos y religiosos de su tiempo, porque quisieron anular su acción y su palabra para que la sociedad siguiera como estaba: los poderosos aprovechándose de los débiles. La resurrección quedó como símbolo de que Jesús recobraba su acción y su palabra silenciadas por los poderosos. En la medida en que Jesús supo comprometer su vida y su palabra, en esa misma medida el Padre se las devolvió. Jesús recibió multiplicado lo que había entregado. Porque lo entregó todo, lo recibió todo.

Nuestra propia vida es la base de nuestra resurrección. Todo esto es una esperanza para los que tratamos de entregar la vida en la práctica de la justicia que nos pide el Reino de Dios. Mientras hagamos esto, estamos -como Jesús- preparando nuestra propia resurrección. Es cierto que el Padre Celestial nos la dará, pero Él lo hará de acuerdo a aquello que hayamos entregado o perdido por el Reino, o de acuerdo a aquello que los enemigos de la justicia nos hayan arrebatado. Hoy como ayer, seguirá siendo cierto que vivir en servicio de la justicia es empezar a poner las bases de nuestra propia resurrección. Vivir así es empezar a resucitar.

